



PASTORAL DE LA SALUD

ACOMPANIAMIENTO HUMANO
Y SACRAMENTAL

desafíos **CPL**
COMUNIDAD PASTORAL

PASTORAL DE LA SALUD

Acompañamiento humano y sacramental

Dossiers CPL, 60
Centre de Pastoral Litúrgica
Barcelona

Director de la colección Dossiers CPL: Joan Torra

Este Dossiers CPL ha sido organizado en colaboración entre el Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona (J. Aldazábal) y varias Delegaciones de Pastoral Sanitaria: Barcelona (F. Solá), Cataluña (M. Carreras) y España (R. Delgado).

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Diputació 231 – 08007 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235 – wa (+34) 619 741 047

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: noviembre de 1993

Segunda edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-9165-481-0

Depósito legal: 19627-2021

Printed in UE

Imprime: Safekat, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

SUMARIO

La pastoral en torno a los enfermos (José Aldazábal)	7
--	---

LA PASTORAL

FRANCISCO SOLÁ, La pastoral de la salud	9
JOSÉ A. PAGOLA, La acción evangelizadora de la comunidad cristiana en el campo de la salud	15

EL ENFERMO

COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA DEL BRASIL, El dolor. Antropología y teología	29
Derechos del enfermo usuario del hospital	37
Derechos de la persona en situación terminal	39
SECPAL, Cuidados paliativos	54
La visita al enfermo. Orientaciones prácticas	68

ACOMPANIAMIENTO ESPIRITUAL

PATRICE PAULIAT, Acompañamiento humano y sacramental	71
RUDESINDO DELGADO, La oración en la enfermedad	87
JOSÉ ALDAZABAL, La unción de enfermos	92
COMISION NACIONAL DE LITURGIA DEL BRASIL, La pasto- ral de la unción en el conjunto de la pastoral de la salud	102
FRANCISCO SOLÁ, Pastoral ante el moribundo	108

LOS ENFERMOS Y LA PARROQUIA

CONGRESO «PARROQUIA EVANGELIZADORA», La Parroquia	121
RUDESINDO DELGADO, Líneas de acción de la pastoral de la salud en la parroquia	127
MARCELINO CARRERAS, La comunidad cristiana y los enfermos	137
MARCELINO CARRERAS, La Iglesia y la salud	141
MARCELINO CARRERAS, Nuestra atención a los enfermos	145
SECRETARIADO DE BRUSELAS, Llevar la comunión a los enfermos	149
RAMÓN CARALT, Pastoral de enfermos. La comunión.	158
COMISIÓN DE LITURGIA DE VIC, La comunión dominical a los enfermos	161
JOSEP LLIGADAS, La unción de los enfermos y el viático	163
MERCÈ JUAN, La vida continúa, no tengáis miedo	166
DELEGACIÓN DE MADRID, Enviados para la compasión	170
PASTORAL DE ENFERMOS DE BRUSELAS, Carta abierta sobre el sacramento de los enfermos	178
Espiritualidad del agente de pastoral de la salud	183
Bibliografía sobre pastoral sacramental con los enfermos	185

LA ACCIÓN EVANGELIZADORA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA EN EL CAMPO DE LA SALUD

JOSÉ A. PAGOLA

«Evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14). De esta convicción de la *Evangelii Nuntiandi* arranca mi reflexión, que no pretende sentar nada definitivo. Sólo quiere ser un estímulo que nos ayude a ir respondiendo a estas dos preguntas:

¿Cómo hacer crecer en el interior de la comunidad cristiana la conciencia de su misión sanadora? ¿Cómo ayudarla a descubrir mejor su responsabilidad de impulsar una acción evangelizadora de carácter curativo y terapéutico?

¿Cómo caminar de hecho hacia comunidades cristianas con mayor fuerza sanante? ¿Qué pasos dar para que esas comunidades puedan hacer presente la fuerza salvadora del evangelio en esta sociedad insana? ¿Cómo lograr que sean fuente de salud para el hombre de hoy?

LA COMUNIDAD CRISTIANA ENVIADA A CURAR

La acción evangelizadora de la Iglesia no es sino prolongación y encarnación de la acción evangelizadora de Jesús. Evangelizar es actualizar hoy en nuestro mundo la acción humanizadora, salvadora, curadora, transformadora que comenzó *con* y *en* Jesucristo. Dicho de otro modo, se trata de hacer presente hoy en la vida de las personas, en la historia de los pueblos, en el tejido complejo de la convivencia social, esa fuerza salvadora que se encierra en la persona y el acontecimiento de Jesucristo.

Si esto es así, es claro que nuestra acción evangelizadora ha de fundamentarse e inspirarse en el primer Evangelizador. Es su acción evangelizadora la que ha de dinamizar, orientar y estructurar nuestra acción evangelizadora hoy.

Jesús evangeliza curando

No es este el momento de ahondar en la acción evangelizadora de Jesús. Solamente recordar un dato fundamental que determina toda su actuación y del que ha de arrancar

nuestra reflexión: Jesús evangeliza haciéndose presente allí donde la vida aparece más amenazada, deteriorada e, incluso, malograda y aniquilada. Y, solamente a partir de su acción liberadora y sanadora y en el interior de esa acción, anuncia el Reinado de Dios. El servicio liberador a ese hombre enfermo, humillado, doliente, excluido de la salud y de la felicidad es el lugar desde donde anuncia a la sociedad entera la salvación de ese Dios amigo del hombre y amigo de la vida. «Recorría ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias» (Mt 9,35).

Si suprimimos en Jesús esta actuación sanadora, su acción evangelizadora queda vaciada de su contenido más palpable, privada de su soporte más visible. Todo queda reducido a enseñanza sin gesto liberador, promesa sin contenido actual, proclamación sin intervención salvadora. Es por esto por lo que Jesús, al confiar a sus discípulos la tarea evangelizadora, les da este mandato: «Cuando entréis en una ciudad, curad a los enfermos que haya en ella y decid: ya os llega el Reinado de Dios» (Lc 10,8-9; ver también Lc 6,1-6; Mc 16,18-20). Esta es nuestra tarea: «entrar en la ciudad» actual, en la sociedad de nuestros días; «curar a los enfermos que hay en ella» y desde esta acción curadora y liberadora proclamar a los hombres y mujeres de hoy que les está llegando el Reinado de Dios.

El olvido de la misión sanante

Por razones que no podemos analizar aquí, la acción evangelizadora se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos por diferentes cauces, descuidándose poco a poco la misión curativa y sanante. La comunidad cristiana ha ido olvidando el valor fundamental que se encierra en la sanación del hombre como experiencia liberadora, desde la cual anunciar la salvación total. Con frecuencia, todo ha quedado reducido a una atención sacramental o una asistencia caritativa a los enfermos. Pero, ¿en eso solamente ha de consistir hoy la encarnación fiel de la acción curadora de Jesús? ¿Ahí se termina el potencial sanante de la evangelización? Cuando esta sociedad enferma dirige su mirada a las comunidades cristianas, ¿es eso lo único que ha de percibir como acción sanadora, prolongación actual de la actuación de Cristo?

Recuperar el signo mesiánico de la sanación

Tal vez, una de nuestras primeras tareas, al tratar de renovar hoy la acción evangelizadora, sea precisamente esta de recuperar el signo mesiánico de la curación de lo enfermo. Hemos de aprender a evangelizar difundiendo salud al hombre de hoy, liberándolo de todo aquello que lo hiere y deshumaniza, ayudándole a abrirse a la salud total. Hemos de redescubrir la fuerza terapéutica, liberadora, sanante que encierra la acción evangelizadora cuando está inspirada y dinamizada por el Espíritu de Jesús.

Esta tarea sanante no la hemos de situar al nivel de todos esos esfuerzos –a veces tan poco valorados en la comunidad cristiana– de carácter científico, técnico u organizativo,

que la sociedad contemporánea realiza tanto en la promoción de la salud como en la prevención, curación y rehabilitación del enfermo. La acción evangelizadora no compite ni se contrapone a todo lo que, en ese esfuerzo, hay de humanizador y liberador. Al contrario, el evangelio no hace sino promoverlo dando su sentido último a las aspiraciones más profundas de salud que se encierran en el ser humano.

Por otra parte, la tarea sanante de la comunidad cristiana, si se inspira en el primer Evangelizador, no está ligada a intereses ideológicos, políticos o económicos, lo cual permite promover de manera más libre y gratuita un servicio orientado realmente a la salud de la persona enferma. La tarea sanante de la comunidad cristiana es una participación misteriosa pero real en el acontecimiento salvador de Cristo muerto y resucitado, fuente de vida y salud total para el hombre. Por ello, esta acción sanadora, lo mismo que la de Jesús, se realiza auténticamente y alcanza propiamente su objetivo cuando conduce al hombre a su salvación plena y a la alabanza de Dios.

En estos tiempos en que una determinada *salud* se ha convertido en la aspiración fundamental de los hombres y mujeres de hoy, sustituyendo y ocultando la salvación última, la aportación básica de *la segunda evangelización* consistiría, a mi juicio, en promover una salud integral, abierta a esa salvación plena a la que el hombre está llamado desde lo más hondo de su ser.

LA AMBIGUA BÚSQUEDA DE SALUD DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO

Recuperar y acrecentar en las comunidades cristianas la conciencia de su misión evangelizadora en el campo de la salud no es tarea de un día, sino que exige una búsqueda creativa y constante. Tal vez, hemos de comenzar por ayudar a las comunidades a encontrar su lugar evangelizador y descubrir su tarea específica en estos momentos.

Para ello, es necesario que nos preguntemos, aunque sea de manera global, cuáles son los principales problemas y necesidades que están pidiendo una respuesta evangelizadora en el campo de la salud. Señalamos brevemente algunos.

Exaltación de la salud y fomento de vida insana

El hombre actual exalta el valor de la salud física y mental, y dedica toda clase de esfuerzos a prevenir y combatir las enfermedades, pero al mismo tiempo, está construyendo una sociedad donde no es fácil vivir de manera sana. Nunca ha estado la vida tan amenazada por el desequilibrio ecológico, la contaminación, el estrés, los accidentes de tráfico, la drogadicción... Por otra parte, estamos fomentando un estilo de vida donde la falta de sentido, la carencia de valores, la masificación, la soledad, un cierto tipo de consumismo, la incomunicación, la imposibilidad de realizar un proyecto vital y tantas otras frustraciones impiden a las personas desarrollarse de manera sana.

Una sociedad de sanos y para sanos

La cultura actual valora al hombre sano, joven, fuerte, vigoroso. La misma promoción de la salud lleva con frecuencia a olvidar realidades tan humanas y decisivas como la enfermedad, el dolor, la vejez o la muerte. Se educa para la salud pero no se aprende en ningún lugar cuál es la manera más humana de enfrentarnos a la enfermedad o la muerte y qué sentido pueden tener en la vida de una persona.

El olvido de la salud de los pobres

Dentro de una sociedad estructurada globalmente no al servicio de los más necesitados sino de los más poderosos y privilegiados, es normal que el cuidado de la salud y la curación de la enfermedad no estén siempre al alcance de los más pobres e indefensos. Amplios sectores de enfermos pobres, ancianos, crónicos, drogadictos, discapacitados físicos o psíquicos, enfermos de patología desagradable o sin interés sanitario quedan excluidos o marginados por una sociedad insensible a la salud de los pobres. Por otra parte, no hemos de olvidar que la salud del Primer Mundo se está desarrollando dentro de una sociedad que, en gran parte, progresa a costa de la miseria de ese Tercer Mundo donde millones de enfermos y hambrientos no pueden tener acceso a una vida más sana.

Salud suministrada e irresponsabilidad personal

El desarrollo de la medicina tecnificada ha sido tan arrollador que el hombre actual se ha ido acostumbrando a esperar prácticamente la salud de la técnica y de los médicos. A ellos hemos de acudir para que nos la suministren en los momentos críticos en que la vamos perdiendo. Mientras tanto, bastantes personas descuidan su propia salud de manera irresponsable. De manera semejante, el dolor se ha ido convirtiendo en un problema que ha de ser resuelto técnicamente, acudiendo a la intervención médica, los analgésicos, etc. Poco a poco, el hombre de hoy ha olvidado lo que es enfrentarse al dolor. Cuando llega, lo único que sabe hacer es correr a suprimirlo. De esta manera se va incapacitando a asumir de manera responsable la vertiente doliente de la vida.

Atención médica unilateral

A pesar de los esfuerzos que se vienen haciendo en la línea de una medicina psicósomática más integral, el modelo médico dominante sigue ocupándose unilateralmente del enfermo sin atenderlo en su totalidad. Con frecuencia, la atención médica se reduce a reparar un cuerpo o un órgano, ignorando las diversas dimensiones de la persona enferma (dimensión espiritual, familiar, social, religiosa). Los enfermos quedan curados de una enfermedad, pero, tal vez, sin ser sanados interiormente ni encaminados hacia una vida más sana y saludable.

Desarrollo de la asistencia técnica y deterioro de la relación con la persona enferma

El desarrollo de la asistencia técnica al enfermo está creciendo de manera espectacular, pero, al mismo tiempo, va creando unas condiciones asistenciales donde se corre el riesgo de que la relación entre el cuidador y el enfermo sea cada vez más distante e instrumental y menos cálida, personal y humana. Crece la atención técnica a la enfermedad, pero se deteriora la acogida curadora a la persona enferma.

Intervención técnica y necesidad de sentido ético

El progreso de la tecnología permite hoy una intervención cada vez más eficaz y audaz en el origen de la vida, en su prolongación, en el alivio del dolor, etc., pero, al mismo tiempo, plantea problemas morales graves y complejos. Cuanto mayor es el poder técnico del hombre más se hace sentir la necesidad de unos criterios éticos al servicio de una vida realmente humana.

El sentido último de la salud

Por otra parte, hemos de preguntarnos cuál es hoy el sentido último de esta búsqueda de salud y el modelo de hombre que en ella se encierra. El hombre actual ansía vivir, cada vez más, cada vez mejor, cada vez más intensamente, pero ¿vivir para qué? Estamos más equipados que nunca para vivir una vida sana, pero ¿qué es un hombre sano? Resolvemos unos problemas sanitarios, pero generamos otros nuevos. Buscamos la salud pero creamos nuevos focos de enfermedad maltratando nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Hemos hecho la vida más larga, pero también más vacía, más superficial y absurda. El hombre de hoy busca la salud pero siente necesidad de salvación.

GRANDES LÍNEAS DE ACCIÓN EVANGELIZADORA

De manera general podemos decir que la tarea evangelizadora de la comunidad cristiana consiste fundamentalmente en difundir salud en medio de esta sociedad: una salud integral abierta a la salvación última. Promover una acción evangelizadora que encierre fuerza sanadora. Ser fuente de salud que interpele a los hombres y mujeres de hoy y les anuncie la salvación de Jesucristo. Señalemos algunas líneas de acción.

Promover una vida más sana

La comunidad cristiana está llamada a ser foco de salud en medio de la sociedad actual. Pero desde el comienzo hemos de recordar que para ello es indispensable que nos esforcemos por eliminar lo que hay de insano en el interior de la misma comunidad: en nuestra vivencia de la fe, en la relación con Dios, en la celebración de la salvación

cristiana, en nuestras relaciones de fraternidad, en nuestro estilo de vida, en nuestro compromiso evangelizador. Sólo una comunidad sana puede ser *factor sanante*.

La fuerza sanante de la fe

Nuestro primer esfuerzo ha de ser, tal vez, recuperar y desarrollar toda la fuerza sanadora que se encierra en la experiencia cristiana. La fe aporta, sobre todo, esta fuerza sanadora aportando sentido, curando las relaciones de la persona y proporcionando la base espiritual que permite un crecimiento sano.

La falta de sentido es hoy una de las fuentes más importantes de enfermedad.¹ La persona que vive sin sentido corre el riesgo de caer en el vacío interior, la desorientación, la falta de identidad, la fragmentación. No puede crecer de manera sana. Por eso, cuando la comunidad cristiana va sembrando sentido desde la fe, está sembrando salud en el interior de las personas.

Por otra parte, cuando la persona vive en una relación falsa e insana con Dios, consigo misma, con los demás y con las cosas, su vida entera queda falseada y desintegrada. No puede vivir de manera armoniosa y sana. La fe que contagia la comunidad puede ser entonces la fuerza que recomponga esas vidas y les ayude a vivir en la verdad, de manera sana y reconciliada con Dios, consigo mismo, con los demás y con la creación entera.

Asimismo, cuando la persona se ve frustrada en sus aspiraciones y necesidades más profundas y queda privada de amor, perdón, acogida y esperanza, su vida no puede desarrollarse de manera sana y corre el riesgo de caer en el raquitismo, la ansiedad, el resentimiento, la culpabilidad malsana, la falta de autoestima, la autodestrucción.² La fe en el Dios de Jesucristo y en su amor incondicional puede entonces ofrecer la fuerza necesaria de sanación.

El aprendizaje de un estilo de vida evangélico y sano

«Nuestro estilo de vida es el factor que más influye en nuestra salud».³ De ahí la importancia de promover y cultivar un estilo de vida sano. Son bastantes los que ven en la moral cristiana un conjunto de leyes y preceptos que, en definitiva, nos impiden vivir la existencia de manera gozosa, intensa y feliz. La religión se convierte para ellos en un fastidio, un estorbo, algo que hace la vida más pesada y complicada de lo que ya es por sí misma.

1 Ver las obras de V. FRANKL, sobre todo: *El hombre en busca de sentido* (Barcelona 1982). *Ante el vacío existencial* (Barcelona 1986).

2 Ver A. H. MASLOW, *El hombre autorrealizado* (Barcelona 1986).

A mi juicio, una de las tareas más saludables de la comunidad cristiana hoy es ayudar a descubrir que seguir a Cristo es la manera más acertada y más sana de vivir. La comunidad cristiana tiene que aprender a promover hoy el estilo de vida evangélico mostrando prácticamente que es el estilo de vida más sano y gratificante, el que puede conducir mejor a una autorrelación sana. La acción catequética, los grupos diversos de jóvenes y adultos, las comunidades, pueden y debe ser hoy un lugar de aprendizaje de un estilo de vida más sano y responsable.

La experiencia comunitaria, fuente de salud

Una comunidad viva, capaz de acoger de manera cálida y atenta, puede ser para muchas personas un apoyo indispensable para su salud. Esta acogida puede ser una de las aportaciones más saludables que la comunidad cristiana puede ofrecer hoy a tantos hombres y mujeres perdidos en medios de una sociedad donde crece la incomunicación, la soledad, el anonimato, la agresividad.

Las relaciones fraternas en el interior de la comunidad, la celebración gozosa de la salvación, la vivencia del domingo cristiano a lo largo del año litúrgico, la oración comunitaria, la escucha de la palabra de Dios, «palabra de vida y vida abundante», son otras tantas experiencias cuya fuerza sanadora hemos de valorar y acrecentar. La experiencia comunitaria cuando es *amor compartido* es siempre experiencia sanante. Puede ser una de las fuerzas más grandes para un desarrollo humano sano.

Dentro de esa experiencia comunitaria, deberíamos destacar tal vez, por su especial importancia, la celebración de la Eucaristía como alimento de vida espiritual y la celebración de la reconciliación en que el perdón de Dios cura de heridas, recuerdos y sentimientos de culpabilidad que pueden humillar y deprimir a la persona.

Compromiso por una vida más sana

La comunidad cristiana ha de promover en su interior una actitud de compromiso por una vida más sana tanto en la vida individual de las personas como en la convivencia social. En la comunidad cristiana se ha de escuchar la llamada a comprometernos en la promoción de un comportamiento individual y colectivo más sano.

El campo es amplio: la lucha por unas condiciones de vida más saludables para todos (alimentación, vivienda, medio ambiente, seguridad en el trabajo y en la carretera...); logro de unas estructuras más humanas que promuevan el bienestar integral de las personas; cultivo de unas relaciones más sanas y cordiales; fomento de costumbres sanas en el estilo de vida, vacaciones, fin de semana, tiempo libre, descanso, alimentación, relación con la naturaleza, cuidado del cuerpo y del espíritu, etc.

3 Según J. Mc GILVRAY, citado por B. HÄRING, en *La fe, fuente de salud* (Madrid 1986), p. 138.

Promover la salud integral

Una de las principales tareas de la comunidad cristiana en el campo de la salud es «proclamar y hacer visible la salvación en su totalidad»; ⁴ de otra manera, cultivar una salud integral capaz de abrir al hombre a su salvación total.

Evangelizar la cultura del cuerpo

El año 1946, la OMS definía la salud como «un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones y enfermedades». Desde entonces los esfuerzos por enriquecer este concepto se orientan a destacar el aspecto dinámico de la salud, su contenido positivo, la realización integral del hombre en todas sus dimensiones, etc.

B. Häring señala que «uno de los signos positivos de los tiempos es la sensación de hambre de totalidad» que se va suscitando en la búsqueda de la salud, aunque todavía es largo el camino a recorrer. De hecho son hoy muchos los que cultivan y cuidan su salud corporal excluyendo otras dimensiones de la persona. Higiene corporal, deporte, gimnasia, control del peso, régimen adecuado, chequeo periódico, masaje, sauna, *footing*. Todo es poco para mantenerse en buena forma física.

Sin duda, los cristianos hemos de valorar y favorecer en su justa medida este redescubrimiento y cuidado del cuerpo que puede ayudar a las personas a crecer de manera más sana y armoniosa. Pero desde la actitud sanadora y salvadora que detectamos en Jesús, ocupado no solo de curar cuerpos sino de sanar a las personas en su integridad, la comunidad cristiana se ha de situar decididamente en una búsqueda de salud más total. La afirmación y el cuidado del cuerpo serán más positivos y humanizadores si recordamos que el cuerpo no es simplemente una máquina cuyo buen funcionamiento hemos de asegurar. No es algo vacío, privado de interioridad. Nosotros mismos somos cuerpo, materia viva donde crece y se expansiona el Espíritu de Dios que anima todo nuestro ser.

Los cristianos estamos llamados hoy a evangelizar esta moderna *cultura del cuerpo* promoviendo no solo el vigor, la belleza y el bienestar corporal, sino también la salud afectiva, mental y espiritual. El hombre de hoy necesita aprender a entrar en su propia interioridad para encontrarse consigo mismo y abrirse a Dios que es fuente de vida y salud plena. En este sentido, la comunidad cristiana debe hacer un esfuerzo para ayudar a las personas a cultivar su vida espiritual, hacer silencio interior, abrirse a la experiencia del Espíritu, verdadero *dador de vida*. Recordemos las palabras de A. Schweitzer: «Nos encontramos en plenitud cuando permitimos que trabaje en nosotros el médico que habita dentro de cada paciente».⁵

4 B. HÄRING, o.c., p. 56.

5 Citado por B. HÄRING, o.c., p. 39.

Buscar la curación total

En el proceso curativo sucede también algo semejante. La atención médica no se ocupa de la persona en su totalidad. La especialización y tecnificación de la medicina corren el riesgo de centrarse en el organismo enfermo pasando por alto dimensiones muy importantes de la persona enferma. Por otra parte, también se cae en este mismo pecado cuando la atención religiosa se preocupa de la *salus animae* olvidando el resto de las necesidades del enfermo.

Todos sabemos como, en la enfermedad, todo el mundo del enfermo queda afectado. La enfermedad provoca una ruptura de su mundo interior, la experiencia de la propia limitación, la interrupción de su proyecto personal, etc. Por otra parte, la relación con su entorno familiar, los amigos, el mundo laboral, su comunidad religiosa, etc., queda profundamente alterada. Al mismo tiempo, se suscitan preguntas e interrogantes nuevos sobre Dios y el sentido de la vida.

La acción evangelizadora ha de estar inspirada por una preocupación total por esa persona enferma. En una sociedad en que la asistencia médica se centra en la atención del organismo enfermo, la acción evangelizadora se ha de situar a un nivel más profundo e integral.

Hemos de buscar una sanación lo más total posible de ese enfermo (el *shalom* judío). Acercarnos a él ayudándole a recuperarse en todas las dimensiones de su persona. Buscando que se reconcilie consigo mismo, con la vida y con Dios, que se cure las heridas pasadas, que se libere de cuanto le ha ido deteriorando y dañando, que recobre unas relaciones nuevas y más sanas con los demás, que se fortalezca su vida interior, que descubra un sentido nuevo a su vida.

Aportar sentido ético

Los graves problemas éticos que hoy se plantean en el campo de la salud están exigiendo una reflexión constante por parte de la Iglesia que no puede desentenderse de la defensa y promoción de aquellos valores últimos del ser humano sin los cuales la vida quedaría deshumanizada.

No es este el momento de hablar de la aportación tan delicada que la Iglesia ha de hacer hoy en el campo de la bioética. Solamente recordar que la comunidad cristiana no puede ignorar que está llamada a orientar a profesionales, enfermos y familiares en la toma de decisiones morales inspiradas en la fe cristiana.

Cultivar una actitud sana ante el sufrimiento

En una sociedad que se preocupa tan intensamente por la salud, el bienestar y la felicidad, y se esfuerza por ignorar el dolor, el sufrimiento y, en general, la vertiente

dolorosa de la vida, la comunidad cristiana tiene que saber cuál es la actitud sana que ha de promover si quiere evangelizar al hombre moderno.

Los cristianos seguimos hablando del sufrimiento de manera excesivamente genérica, sin precisar la diversidad de sufrimientos existentes ni las diferentes causas que los provocan ni la diferente postura evangélica a adoptar ante ellos. Sin embargo, difícilmente podrá hoy una comunidad cristiana comprometerse en *la segunda evangelización* si no adopta una postura claramente evangélica ante el sufrimiento humano.

No buscar arbitrariamente el sufrimiento

Jesús no ama ni busca arbitrariamente el sufrimiento ni para él ni para los demás, como si el sufrimiento encerrara algo especialmente grato al Padre y Dios fuera un sádico a quien agrada más una vida de sufrimiento que una vida sana y feliz.

Es una equivocación que una comunidad cristiana invite a seguir más de cerca a Cristo buscando sufrir arbitrariamente y sin necesidad. Lo que agrada a Dios no es el sufrimiento sino la actitud con que una persona asume el sufrimiento exigido por el seguimiento fiel a Cristo. Ante el sufrimiento propio o ajeno, no exigido por el seguimiento a Cristo, la actitud más sana y más evangelizadora es esforzarnos por evitarlo, suprimirlo o aliviarlo en la medida de lo posible.

Eliminar el sufrimiento innecesario

En Jesús no encontramos ese sufrimiento que hay tantas veces en nosotros, generado por nuestro propio pecado o nuestra manera equivocada e insana de vivir. Él no ha conocido los sufrimientos que nacen de la envidia, el resentimiento, el vacío interior, el apego egoísta a las cosas y las personas.

Hay, por tanto, en nuestras vidas un sufrimiento (según los expertos puede llegar en algunas personas al 90% de su sufrimiento) que hemos de ir suprimiendo si queremos precisamente seguir a Cristo. La eliminación de este sufrimiento es siempre fuente de salud. Las personas que sufren este sufrimiento innecesario hacen sufrir. Los resentidos crean en su entorno resentimiento. Los que están en conflicto consigo mismos siembran conflictividad. Los descontentos de sí mismos crean descontento.

Quitar el sufrimiento de los demás

Jesús se compromete con todas sus fuerzas por hacer desaparecer de entre los hombres el sufrimiento. Por una parte, lucha contra el sufrimiento injusto y evitable, provocado por el pecado del hombre, esforzándose por eliminar el egoísmo, la injusticia, los abusos, la marginación y el mal encarnado en las costumbres, estructuras e instituciones.

Por otra parte, se esfuerza por mitigar en lo posible el dolor y sufrimiento inevitables del ser humano (enfermedad, vejez, culpabilidad, muerte...).

La comunidad cristiana no puede ignorar a los que sufren. Al contrario, si quiere ser evangelizadora, su tarea será quitar sufrimiento de la vida de los hombres. La comunidad cristiana ha de recordar en medio de esta sociedad que «no hay derecho a ser feliz sin los demás ni contra los demás».⁶ La manera cristiana de buscar la salud y felicidad es buscarla para todos.

Sufrir por querer suprimir el sufrimiento

Cuando en su lucha contra el sufrimiento Jesús se encuentra con el rechazo, la persecución, la crucifixión, no los rehúye. Asume este sufrimiento en una actitud de fidelidad total al Padre y de servicio a los hombres.

Si Jesús va a la cruz no es porque desprecia la vida, sino porque la ha amado tanto que no ha querido consentir que sea disfrutada solo por unos pocos privilegiados. No es porque menosprecia la felicidad sino porque la ha defendido y buscado para todos, incluso, los más pobres y olvidados. Jesús asume el sufrimiento no porque lo ama sino «para que cada vez sea más imposible que unos hombres crucifiquen a otros».⁷

Eso es *tomar la cruz* de Cristo. Y ésta es la actitud que la comunidad cristiana ha de promover. Seguir a Cristo en su lucha contra el sufrimiento aceptando las consecuencias dolorosas que, sin duda, se seguirán de este seguimiento.

Asumir el sufrimiento inevitable en comunión con el crucificado

En el interior del sufrimiento Jesús adopta una actitud que llena de contenido salvador su cruz: fidelidad total al Padre y servicio salvador a los hombres. El sufrimiento sigue siendo algo malo, pero precisamente por eso se convierte para Jesús en el lugar más auténtico, realista y expresivo para vivir en plenitud su comunión con el Padre y su solidaridad con los hombres.

Ésa es precisamente la actitud más humana y humanizadora que la comunidad cristiana ha de promover para ayudar al hombre actual a enfrentarse al dolor absurdo o al sufrimiento inevitable. El hombre doliente de hoy necesita ser liberado de posturas de rebelión que no hacen sino exasperar y deshumanizar su sufrimiento, posturas de ansiedad que destruyen su esperanza, posturas de aislamiento que lo repliegan estérilmente sobre sí mismo, posturas insanas de autocompasión que le impiden crecer.

6 R. LARRAÑETA, *Una moral de felicidad* (Salamanca 1979) p. 338.

7 L. BOFF, *Jesucristo y la liberación del hombre* (Madrid 1981), p. 440.

Evangelizar el proceso de curación

La comunidad cristiana ha de hacer presente la fuerza humanizadora y salvadora de Jesucristo en todo el proceso de curación. Curarse es una experiencia totalizante, capaz de liberar a la persona de su pasado dañado y de impulsarla a vivir y crecer de una manera renovada, más digna y más sana. Inspirándonos en Jesús, los cristianos hemos de recuperar hoy la curación como un lugar privilegiado de evangelización.

La comunidad creyente se ha de esforzar por hacer llegar su potencial de salud hasta los enfermos haciéndose presente en todo el proceso de curación para hacerlo más digno, más justo, más fraterno, más humano.

Presencia inspirada por el amor

Esta presencia ha de estar inspirada y dinamizada por el amor. Esto es lo primero que la comunidad ha de introducir en el proceso de curación promovido en la sociedad actual. Un amor redentor y sanador. Amor que sana, construye y reconstruye al enfermo. Amor que no puede brotar de los aparatos e instrumental técnico ni pueden proporcionarlo las instituciones y estructuras médicas, ni nace espontáneamente del servicio profesional.

Este amor es el que puede difundir salud en todo el proceso (diagnóstico, tratamiento, rehabilitación, reinserción social) ayudando al enfermo a vivir con sentido auténtico las diferentes etapas de su enfermedad, a luchar dignamente por su curación, a «decir sí a lo incurable» y a acercarse incluso a la muerte con una esperanza que no se verá defraudada.

Al servicio de la persona enferma

El enfermo ha de ser siempre el centro de atención, cuidado y preocupación. Toda la dinámica sanitaria, las estructuras, la actuación, las iniciativas y proyectos han de estar a su servicio. La raíz más profunda de las *des-humanización* del mundo sanitario está en el olvido de la persona enferma como tal. Persona única, con su mando, su historia, sus necesidades y aspiraciones, su debilidad y su esperanza.

La acción evangelizadora ha de enfrentarse y denunciar todo lo que es olvido, marginación, abuso, manipulación física o moral de ese enfermo. Promover todo lo que es atención integral, respeto, asistencia personal. Tratar de responder a todas las necesidades de ese ser humano.

El enfermo no necesita solo asistencia médica. Necesita además ser sanado como persona. Ser ayudado en su mundo psicológico, en sus necesidades económicas, en sus problemas familiares. Ser atendido moral y espiritualmente.

A mi juicio, la acción evangelizadora se ha de preocupar de todo lo que ese enfermo no recibe actualmente de la asistencia médica y, sin embargo, necesita para enfrentarse con sentido y dignidad a la enfermedad, vivir de la manera más honda y rica posible

su curación y, en su caso, acercarse a la muerte con esperanza.

Promover una relación personal curadora

Una de las aportaciones evangélicas más importantes al proceso de curación puede ser hoy la lucha contra todo tipo de cosificación o instrumentalización del enfermo y el impulso de una relación personal sana y sanadora con él.

La actuación de Jesús con los enfermos es una invitación urgente a promover este acercamiento curador al enfermo, hecho de atención personal, acogida respetuosa, desinteresada, cercana y gratuita, ofrecimiento de ayuda incondicional.

Las comunidades cristianas pueden ser hoy un factor decisivo para asegurar esa relación y ese entorno personal que el enfermo necesita para asumir su enfermedad con actitud positiva y colaborar activamente en su propia curación. En esta línea, no hemos de olvidar el acercamiento a la familia del enfermo tan necesitada, con frecuencia, de atención y apoyo para que no cree, con su ansia, tensión y conflictividad, un clima nocivo en torno al enfermo, sino lo ayude de manera sana en el proceso de su enfermedad.

Atención a los profesionales de la salud

La comunidad cristiana ha de cuidar mucho más la atención a los profesionales de la salud tan desamparados y desasistidos a veces por ella. Esa lista larga de médicos, enfermeras, auxiliares, fisioterapeutas, psicólogos, cuidadores de ancianos, crónicos y discapacitados... que constituyen, con frecuencia, todo un mundo de *terapeutas heridos* como los llama B. Häring.⁸

La comunidad cristiana tiene que aprender a reconocer y valorar mucho más la labor de estos hombres y mujeres, que trabajan tantas veces con generosidad y dedicación ejemplar en medio de condiciones difíciles.

A mi juicio, es poco e insuficiente lo que los profesionales creyentes reciben hoy de su comunidad cristiana. Por lo general, no hemos descubierto todavía las posibilidades evangelizadoras que se encierran en el trabajo del profesional sanitario y apenas les ayudamos a descubrir su vocación evangelizadora.

Estos profesionales necesitan mayor apoyo de las comunidades para educarse en una actitud más evangélica y evangelizadora en su trabajo, para colaborar en la humanización del servicio sanitario, para denunciar injusticias y abusos, para mejorar su atención integral al enfermo.

8 L. BOFF, o.c., p. 105-125.

Luchar por la salud de los pobres

Una comunidad cristiana que quiera ser fiel a Jesucristo «enviado a evangelizar a los pobres» (Lc 4,18) ha de preguntarse si su acción evangelizadora es *Buena Noticia* precisamente para los más pobres y marginados de la sociedad.

¿Cómo puede ser creíble nuestro mensaje de fraternidad si no se nos ve compartir los problemas y sufrimientos de los enfermos más pobres y desasistidos? ¿Qué evangelio se vive entre nosotros si no son ellos los primeros beneficiarios de la fuerza sanadora que tiene que difundir la comunidad cristiana?

La segunda evangelización no puede ignorar la salud de los pobres. También hoy tiene fuerza evangelizadora el ver que «los pobres son sanados» y que también a los marginados se les proporcionan niveles más elevados de salud y bienestar.

De «Labor Hospitalaria» núm. 215.

JOSÉ A. PAGOLA,
vicario general de la diócesis de San Sebastián.